

rir á mi mejor amigo. ¿He de acusar á Dios por eso? No. Me callaré. Sepa usted, señorita, que hay que morir por las leyes de su país como se muere aquí por la gloria, añadió conduciéndola á la cabaña. Ea, vuélvase ustedes á Francia, dijo mirando al marqués, y mis órdenes precederán á ustedes.

Lorenza creyó en una conmutación de pena para Michú, y, en la efusión de su agradecimiento, se arrodilló y besó la mano del Emperador.

—¿Es usted el señor de Chargebœuf? dijo entonces Napoleón al ver al marqués.

—Sí, señor.

—¿Tiene usted hijos?

—Muchos.

—¿Por qué no me envía usted alguno de sus nietos? Será paje mío, y...

—¡Ah! ya reaparece el teniente de artillería, pensó para sí Lorenza. Quiere recibir el precio de su gracia.

El marqués se inclinó sin responder. Felizmente, el general Rapp se precipitó en la cabaña.

—Señor, la caballería de la guardia y la del gran duque de Berg no podrán unírseos hasta mañana al mediodía.

—No importa, dijo Napoleón volviéndose hacia Berthier. También para nosotros hay horas de gracia: sepamos aprovecharnos de ellas.

A una seña de su mano, el marqués y Lorenza se retiraron y subieron al coche; el sargento los puso en el camino y los acompañó hasta una aldea donde pasaron la noche. Al día siguiente, ambos se alejaron del campo de batalla, en medio del ruido de ochocientos cañones, que resonaron durante diez horas. En medio del camino supieron la asombrosa victoria de Iena. Ocho días después entraban en los arrabales de Troyes. Una orden del gran juez, transmitida al procurador imperial del tribunal de primera instancia de Troyes, ordenaba la libertad bajo fianza de los hidalgos, hasta tanto que el Emperador y Rey decidiese; pero al mismo tiempo se expidió la orden para la ejecución de Michú. Estas órdenes habían llegado aquella misma mañana. Lorenza se

fué inmediatamente á la cárcel vestida aún con el traje de viaje. Logró permanecer al lado de Michú, á quien hacían en aquel momento la triste operación llamada el *tocado*. El buen abate Goujet, que había solicitado acompañarle hasta el patíbulo, acababa de dar la absolución á aquel hombre, que se sentía morir sin saber aún de fijo si sus amos estaban ó no indultados; así es que cuando Lorenza se presentó, dió un grito de alegría y dijo:

—¡Ahora ya puedo morir!

—Están indultados, aunque no sé en qué condiciones, respondió ella; pero lo están, y yo lo he intentado todo por tí, amigo mío, á pesar de tu resistencia. Creía haberte salvado, pero el Emperador me ha engañado.

—Estaba escrito allí arriba que el fiel mastín tenía que ser matado en el mismo lugar que sus antiguos amos, dijo Michú.

La última hora llegó rápidamente. Michú, en el momento de partir, no pedía más favor que el besar la mano de la señorita de Cinq-Cygne, pero ésta le presentó sus mejillas y se dejó abrazar santamente por aquella noble víctima. Michú se negó á subir á la carreta.

—¡Los inocentes deben ir á pie! dijo.

No quiso que el abate Goujet le diese el brazo, y marchó digna y resueltamente hasta el patíbulo. En el momento de tenderse sobre el tablado, dijo al ejecutor, rogándole que bajase bien su levita que le llegaba hasta el cuello:

—Le regalo á usted mi traje; así es que procure no mancharlo.

Los cuatro hidalgos apenas tuvieron tiempo de abrazar á la señorita de Cinq-Cygne, cuando un ordenanza del general que mandaba la división militar, les llevó credenciales de tenientes de caballería, destinados á Bayona con orden de que fuesen inmediatamente á tomar posesión de sus cargos. Después de desgarradoras despedidas, pues todos presintieron un amargo porvenir, la señorita de Cinq-Cygne se volvió á su desierto castillo.

Los dos hermanos murieron juntos ante los ojos del Emperador, en Somosierra, defendiéndose uno al otro y cuando

ya eran ambos jefes de escuadrón. Sus últimas palabras fueron:

—Lorenza, ¡Aquí mueres!

El mayor de los de Hautesserre murió siendo coronel en el ataque del reducto de Moscowa, pasando su hermano á ocupar su plaza.

Adriano, nombrado general de brigada en la batalla de Dresde, fué allí gravemente herido y logró volver á Cinq-Cygne á cuidar sus heridas. A fin de salvar aquel despojo de los cuatro hidalgos que había visto en otro tiempo en torno de ella, la condesa, que contaba á la sazón treinta y dos años, se casó con él; pero le ofreció un corazón marchito, que él aceptó gustoso, porque las gentes que aman no dudan de nada ó dudan de todo.

La Restauración encontró á Lorenza sin entusiasmo; los Borbones venían demasiado tarde para ella. Sin embargo, no pudo quejarse: su marido, nombrado par de Francia con el título de marqués de Cinq-Cygne, adquirió el grado de teniente general en 1816, y fué recompensado con el cordón azul por los eminentes servicios que prestó entonces.

El hijo de Michú, de quien Lorenza se cuidó como si fuese su propio hijo, tomó el título de abogado en 1817. Después de haber ejercido su profesión durante dos años, fué nombrado juez suplente del tribunal de Alençon, y de allí pasó á ser procurador del rey del tribunal de Arcis en 1827. Lorenza, que había administrado los bienes de Michú, entregó á este joven el día de su mayor edad un capital que daba doce mil francos de renta; después contribuyó á su casamiento con la rica señorita Girel de Troyes. El marqués de Cinq-Cygne murió en 1829 en brazos de Lorenza, de su padre, de su madre y de sus hijos que le adoraban. Cuando ocurrió su muerte, nadie había penetrado aún el secreto del secuestro del senador. Luis XVIII no se negó á reparar los daños que ocasionó este asunto; pero no dijo nada de las causas de este desastre á la marquesa de Cinq-Cygne, que le creyó entonces cómplice de la catástrofe.

CONCLUSIÓN

El difunto marqués de Cinq-Cygne había empleado sus ahorros, lo mismo que los de su padre y su madre, en la adquisición de un magnífico palacio situado en la calle del Faubourg-du-Roule, y en la institución del considerable mayorazgo creado para el sostenimiento de su dignidad de par. La sórdida economía del marqués y de sus padres, que afligía á veces á Lorenza, quedó entonces explicada. Después de esta adquisición, la marquesa, que vivía en sus tierras atesorando para sus hijos, pasó los inviernos en París con tanto más gusto, por cuanto que su hija Berta y su hijo Pablo llegaban á una edad en que su educación exigía los recursos de París. La señora de Cinq-Cygne frecuentó poco el mundo. Su marido no podía ignorar las penas que embargaban el corazón de aquella mujer; pero desplegó para ella las más ingeniosas delicadezas, y murió sin haber amado á más mujer que aquella. Este noble corazón, desconocido durante algún tiempo, pero á quien la generosa hija de los Cinq-Cygne correspondió con un amor igual al que encerraba para ella, aquel marido fué al fin feliz. Lorenza vivía sobre todo para las alegrías de la familia. Ninguna mujer de París fué más querida por sus amigos, ni más respetada. Ir á su casa era una dicha. Amable, indulgente, instruída, graciosa, y sencilla sobre todo, agradaba y simpatizaba con las almas privilegiadas y las atraía á pesar de su dolor; pero todos parecían proteger á aquella mujer tan fuerte, y este sentimiento de protección secreta explica aun mejor el atractivo de su amistad. Su vida, tan dolorosa durante su juventud, fué hermosa y serena en la vejez. Se conocían sus sufrimientos y nunca nadie preguntaba quién era el original del retrato hecho por Roberto Lefebvre, el cual retrato era, desde la muerte del guarda, el principal y fúnebre adorno del salón. La fisonomía de Lorenza tenía la madurez de los frutos obtenidos difícilmente. Una especie de orgullo religioso adorna aún aquella arrugada frente. En el

momento en que la marquesa llegó á dirigir por sí sola su casa, su fortuna, aumentada con la ley de las indemnizaciones, ascendía á doscientos mil francos de renta, sin contar la parte de su marido. Lorenza había heredado el millón cien mil francos que habían dejado los Simeuse. Desde entonces, no gastó más que cien mil francos al año, y ahorró el resto para constituir el dote de Berta.

Berta es el vivo retrato de su madre, pero sin su audacia guerrera; es su madre, pero más fina, más sentimental y más mujer, como dice Lorenza con melancolía. La marquesa no quería casar á su hija antes de que ésta llegase á los veinte años. Las economías de la familia, sabiamente administradas por el anciano Hauteserre, formaban una dote de unos ochenta mil francos á Berta, quien, en 1833, cumplía los veinte años.

Por esta época, la princesa de Cadignan, que quería casar á su hijo el duque de Maufrigneuse, hacía algunos meses que había puesto en relaciones á su hijo con la marquesa de Cinq-Cygne. Jorge de Maufrigneuse comía tres veces á la semana en casa de la marquesa, acompañaba á la madre y á la hija á los Italianos y hacía dar piruetas á su caballo en el bosque en torno de su calesa cuando ellas se paseaban allí. Al ver esto, fué evidente para todo el mundo del arrabal de Saint-Germain, que Jorge amaba á Berta. Únicamente que nadie podía saber si la señora de Cinq-Cygne deseaba hacer á su hija duquesa, esperando que llegara á ser princesa, ó si la princesa deseaba para su hijo tan hermoso dote; nadie sabía si la célebre Diana iba al encuentro de la nobleza de provincia, ó si la nobleza de provincia estaba asustada de la celebridad de la señora de Cadignan, de sus gustos y de su vida de despilfarro. Con objeto de no perjudicar á su hijo, la princesa, que se había hecho devota, se había entregado á una vida arreglada y pasaba los veranos en Génova en una casa de campo.

Una noche, la señora princesa de Cadignan tenía en su casa á la marquesa de Espard y á de Marsay, el presidente del consejo. Vió aquélla á este antiguo amante por última vez, pues murió al año siguiente. Rastignac, su secretario

de Estado agregado al ministerio de Marsay, dos célebres oradores de la Cámara de los pares, los ancianos duques de Lenoncourt y de Navarreins, el conde de Vandenesse y su joven esposa, y de Arthez, se encontraban allí y formaban un círculo bastante extraño cuya composición se explicará fácilmente: se trataba de obtener del primer ministro un pasaporte para el duque de Cadignan. De Marsay, que no quería echarse encima aquella responsabilidad, acababa de decir á la duquesa que el asunto estaba en buenas manos. Un antiguo político tenía que aportarles una solución durante aquella velada. Se anunció á la marquesa y á la señorita de Cinq-Cygne. Lorenza, cuyos principios eran siempre los mismos, quedó, no ya sorprendida, sino admirada al ver á los representantes más ilustres del legitimismo de una y otra Cámara hablando con el primer ministro de aquel á quien se llamaba siempre monseñor el duque de Orleans, escuchándole y riéndose con él. De Marsay, como las lámparas próximas á extinguirse, brillaba con sus últimos resplandores. Olvidaba allí gustoso los cuidados de la política. La marquesa de Cinq-Cygne aceptó á de Marsay, como se dice que la corte de Austria aceptaba entonces al señor de Saint-Aulaire: el hombre de mundo logró hacer pasar desapercibido su cargo de ministro. Pero se levantó como si su asiento hubiera sido de hierro incandescente cuando oyó anunciar al conde de Gondreville.

—Adiós, señora, dijo á la princesa con tono seco.

Y salió con Berta, dirigiendo sus pasos del mejor modo que pudo para no encontrarse con aquel hombre fatal.

—Es muy fácil que haya contribuído usted á deshacer el matrimonio de Jorge, dijo en voz baja la princesa á de Marsay.

El antiguo pasante salido de Arcés, el antiguo representante del pueblo, el antiguo termidoriano, el antiguo tribuno, el antiguo consejero de Estado, el antiguo conde del Imperio y senador, el antiguo par de Luis XVIII, el nuevo par de Julio, hizo una reverencia servil á la princesa de Cadignan.

—No tiemble usted, hermosa señora, pues ya no hacemos la guerra á los príncipes, dijo sentándose á su lado.

Maligno había gozado de la estimación de Luis XVIII, á quien su experiencia no fué inútil. Había ayudado mucho á derribar á Decazes y había dado muy buenos consejos al ministerio Villele. Recibido fríamente por Carlos X, alentó los mismos odios que Talleyrand. Gozaba entonces de gran favor bajo el duodécimo gobierno, á quien tiene la ventaja de servir desde 1789, y á quien dejará de servir sin duda; pero desde hace quince meses que no tiene la amistad que tuvo durante treinta y seis años con uno de nuestros más célebres diplomáticos. Esto fué la noche en que, hablando de dicho diplomático, dijo:

—¿Sabe usted la razón de su hostilidad contra el duque de Bordeaux?... el pretendiente es demasiado joven.

—Da usted con eso un singular consejo á los jóvenes, le respondió Rastignac.

De Marsay, que se había puesto muy pensativo después de las palabras que le había dicho la princesa, procuró evitar las bromas; miraba con socarronería á Gondreville, y era evidente que esperaba para hablar á que el anciano, que se acostaba temprano, se marchase. Todos los que allí estaban, testigos de la salida de la marquesa de Cinq-Cygne, cuyas razones eran conocidas, imitaron el silencio de Marsay. Gondreville, que no había reconocido á la marquesa, ignoraba los motivos de aquella reserva general; pero como era hombre de talento y el hábito de los negocios y las costumbres políticas le habían dado tacto, creyó que su presencia molestaba, y se marchó. De Marsay, de pie delante de la chimenea, contempló, de modo que dejaba adivinar sus graves pensamientos, á aquel anciano de setenta años que se marchaba lentamente.

—He hecho mal, señora, en no decir á usted el nombre de mi negociador, dijo por fin el primer ministro cuando oyó el ruido del coche que partía. Pero voy á remediar mi falta y á darle á usted los medios para reconciliarse con los Cinq-Cygne. Hace ya más de treinta años que la cosa ha ocurrido, y es, por lo tanto, tan viejo como la muerte de Enrique IV, cuya historia es muy poco conocida como lo es la de otras muchas catástrofes históricas. Por otra parte, juro á usted

que, aunque este asunto no concerniese á la marquesa, no por eso dejaría de ser menos curioso. Ilumina un famoso pasaje de nuestros anales modernos, el del monte Saint-Bernard. Los señores embajadores verán por él que, bajo el punto de vista de la profundidad, nuestros hombres políticos de hoy están muy lejos de los maquiavelos que las olas populares levantaron en 1793, y algunos de los cuales han encontrado, como dice la romanza, un puerto. Para ser hoy algo en Francia, es preciso haber corrido las tormentas de aquel tiempo.

—Pero me parece, dijo sonriendo la princesa, que, bajo este punto de vista, usted no tiene nada que desear.

Una risa amistosa apareció en todos los labios, y de Marsay no pudo menos de sonreirse. Los embajadores parecieron impacientes, y de Marsay, una vez que se restableció el silencio, habló de esta suerte:

—En una noche del mes de julio de 1800, á eso de las tres de la mañana y en el momento en que el día hacía palidecer las bujías, dos hombres, cansados de jugar á las cartas, ó que sólo jugaban para cansar á los otros, dejaron el salón del palacio de relaciones exteriores, situado entonces en la calle del Bac, y se fueron á un gabinete. Estos dos hombres, de los cuales el uno ha muerto y el otro tiene un pie en la tumba, son, cada uno por su estilo, sumamente extraordinarios. Ambos han sido sacerdotes y ambos abjuraron y se casaron. El uno había sido simple oratoriano y el otro había llevado la mitra episcopal. El primero se llamaba Fouché, y no digo á ustedes el nombre del segundo, pero ambos eran á la sazón simples franceses, aunque muy poco simples. Cuando los vieron irse del gabinete, las personas que quedaron aún en el salón manifestaron alguna curiosidad. Un tercer personaje los siguió. Éste, que se creía más listo que los otros dos, se llamaba Sieyes, y todos ustedes saben que también había pertenecido á la Iglesia antes de la Revolución. Aquel que andaba difícilmente era entonces ministro de relaciones exteriores, y Fouché ministro de policía general. Sieyes había abdicado el consulado. Un hombrecito frío y severo dejó su sitio y fué á unirse á aquellos tres

hombres, diciendo en voz alta: «Temo la berlanga de los sacerdotes.» Éste era ministro de la guerra. Las palabras de Carnot no inquietaron gran cosa á los dos cónsules que jugaban en el salón. Cambaceres y Lebrún estaban entonces á merced de sus ministros, infinitamente más fuertes que ellos. Casi todos estos hombres de Estado han muerto y no se les debe nada: pertenecen á la historia, y la historia de aquella noche fué terrible; se la cuento á ustedes porque soy el único que la sé, porque Luis XVIII no quiso decir nada á la pobre marquesa de Cinq-Cygne, y porque al gobierno actual le es indiferente que se sepa. El cojo debió cerrar la puerta antes de que se pronunciase una palabra, y hasta corrió, según se dice, un cerrojo. Sólo la gente bien educada tiene estas pequeñas atenciones. Los tres sacerdotes tenían los rostros pálidos é impassibles que todos ustedes les han conocido. Carnot era el único que tenía el rostro colorado. El militar fué el primero en hablar. ¿De qué se trata? De Francia, debió decir el príncipe á quien admiro yo como uno de los hombres más extraordinarios de nuestros tiempos. De la República, diría seguramente Fouché. Del poder, diría probablemente Sieyes.

Todos los asistentes se miraron. De Marsay había imitado admirablemente á los tres hombres con la voz, con la mirada y con el gesto.

—Los tres sacerdotes se entendieron á las mil maravillas, repuso. Carnot debió mirar sin duda á sus colegas y al ex cónsul con aire bastante digno. Creo que debió encontrarse aturdido en su interior. ¿Cree usted en el éxito? le preguntó Sieyes. Todo se puede esperar de Bonaparte, respondió el ministro de la guerra, cuando ha pasado felizmente los Alpes. En este momento, dijo el diplomático con calculada lentitud, se juega el todo por el todo. En fin, hablemos claro, dijo Fouché, ¿qué haremos si el Primer Cónsul es vencido? ¿Es posible rehacer un ejército? ¿Permaneceremos siendo sus humildes servidores? Ya no hay república en este momento, observó Sieyes, ahora es cónsul por diez años. Tiene más poder que Cromwell, añadió el ministro, y eso que no ha votado la muerte de un rey. Tenemos un amo,

dijo Fouché, y yo pregunto si hemos de seguir siéndole sus fieles ó si nos inclinaremos á la república pura. Francia, replicó sentenciosamente Carnot, no podrá resistir, á no ser volviendo á la energía convencional. Soy de la opinión de Carnot, dijo Sieyes. Si Bonaparte vuelve derrotado, es preciso acabar. ¡Nos viene prometiendo demasiado hace ya siete meses! Tiene de su parte al ejército, repuso Carnot con aire pensativo. ¡Nosotros tendremos al pueblo! exclamó Fouché. Como se precipita usted, amigo mío, replicó el gran señor con aquella voz que ha conservado. Sea usted franco, dijo un antiguo convencional apareciendo de pronto, si Bonaparte es vencedor, le adoraremos; vencido, le enterraremos. Usted estaba allí, Maligno, repuso el dueño de la casa sin conmoverse; usted será de los nuestros. Y le hizo signo de que se sentase. A esta circunstancia se debió el que este personaje, convencional bastante obscuro, fuese lo que nosotros acabamos de ver, lo que es en este momento. Maligno fué discreto y los dos ministros se fueron fieles; pero también es verdad que fué el eje de la máquina y el alma de la maquinación. Ese hombre aún no ha sido vencido, exclamó Carnot con un acento de convicción, y acaba de exceder á Aníbal. En caso de desgracia, aquí está el Directorio, respondió astutamente Sieyes haciendo observar que estaban cinco. Y estamos todos interesados en el mantenimiento de la Revolución francesa, dijo el ministro de negocios extranjeros. Los tres hemos renunciado á nuestra profesión; el general ha votado la muerte del rey. Respecto á usted, dijo á Maligno, no olvide que tiene bienes de los emigrados. Todos tenemos los mismos intereses, dijo perentoriamente Sieyes, y nuestros intereses están de acuerdo con la patria. Cosa rara, dijo el diplomático sonriéndose. Es preciso obrar, añadió Fouché; la batalla se libró, y Melas tiene fuerzas superiores. Jenes se ha rendido, y Massena ha cometido la falta de embarcarse para Antibes; no es, pues, seguro que pueda unirse á Bonaparte, que quedaría reducido á sus solos recursos. ¿Quién le ha dado á usted esa noticia? preguntó Carnot. Es segura, respondió Fouché. Recibirán ustedes el correo á la hora de la Bolsa.

—Estos no se andaban en chiquitas, dijo de Marsay deteniéndose un momento. Pero cuando se reciba la noticia del desastre, continuó Fouché, ya no habrá tiempo para organizar clubs, despertar el patriotismo y cambiar la constitución. Nuestro 18 de brumario debe estar preparado. Dejemos obrar al ministro de policía, dijo el diplomático, y desconfiemos de Luciano (Luciano Bonaparte era entonces ministro del interior). Yo lo pensaré bien, dijo Fouché. Señores, exclamó Sieyes, nuestro Directorio no ha de estar sometido á mutaciones anárquicas. Organizaremos un poder oligárquico, un Senado perpetuo y una Cámara electiva que estará en nuestro poder; sepamos al menos aprovecharnos de las faltas del pasado. Con ese sistema, yo tendré paz, dijo el obispo. Encuéntreme usted un hombre seguro para entenderme con Moreau, pues el ejército de Alemania ha de ser nuestro único recurso, exclamó Carnot que estaba sumido en profunda meditación.

—En efecto, repuso de Marsay después de una pausa; señores, estos hombres tenían razón. Estuvieron grandes en aquella crisis, y yo hubiese obrado como ellos.

—¡Señores! exclamó Sieyes con un tono grave y solemne, dijo de Marsay reanudando su relato. Esta palabra: ¡Señores! fué perfectamente comprendida: todas las miradas expresaron una misma fe, la misma promesa de un silencio absoluto y de una solidaridad completa en caso de que Bonaparte volviese triunfante. Todos sabemos lo que nos queda que hacer, añadió Fouché. Sieyes había descornado muy despacio el cerrojo. Su oído de sacerdote le sirvió de mucho, porque un instante después entró Luciano. Buena noticia, señores, un correo trae una carta para mi cuñada en la que el Primer Cónsul anuncia que ha debutado con una victoria en Montebelló. Los tres ministros se miraron: ¿Es una batalla general? preguntó Carnot. No, un combate en que Lannes se ha cubierto de gloria. El encuentro fué sangriento. Atacado con diez mil hombres por diez y ocho mil, fué salvado por una división que se envió en su auxilio. Ott huyó. En fin, que la línea de operaciones de Melas ha sido cortada. ¿Qué día fué el combate? preguntó Carnot. El día

8, dijo Luciano. Estamos á 13, repuso el sabio ministro; pues bien, según todas las probabilidades, los destinos de Francia se deciden en este momento en que hablamos. (En efecto, la batalla de Marengo empezó el 14 de junio al rayar el alba.) Cuatro días de espera mortal, dijo Luciano. ¿Mortal? repuso el ministro de relaciones exteriores con aire frío é interrogativo. Cuatro días, dijo Fouché. Un testigo me certificó que los dos cónsules no supieron estos detalles hasta el momento en que los seis personajes entraron en el salón. Entonces eran las cuatro de la mañana. Fouché fué el primero en marcharse. He aquí lo que hizo con sorda é infernal actividad aquel genio tenebroso, profundo, extraordinario, poco conocido, pero que, indudablemente, tenía un genio igual al de Felipe II, al de Tiberio y al de Borgia. Su conducta, cuando el asunto de Walcheren, fué la de un militar consumado, la de un gran político y la de un administrador previsor. Este fué el único ministro bueno que tuvo Napoleón. Todos ustedes saben que en aquella ocasión asustó á Napoleón. Fouché, Massena y el Príncipe son los tres hombres más grandes y de más talento que yo conozco en diplomacia, guerra y gobierno. Si Napoleón los hubiese asociado francamente á su obra, hoy no existiría Europa y en su lugar habría un vasto imperio francés. Fouché no se separó de Napoleón hasta que vió á Sieyes y al príncipe de Talleyrand á un lado. En el espacio de tres días, Fouché, ocultando la mano que removía las cenizas de aquel hogar, organizó la angustia general que pesó sobre Francia entera y reanimó la energía republicana de 1793. Como se hace preciso esclarecer este rincón obscuro de nuestra historia, diré á ustedes que aquella agitación, promovida por él, que tenía de su parte á todos los hijos de la antigua Montagne, produjo los complots republicanos por los que la vida del Primer Cónsul se vió amenazada después de la victoria de Marengo. La conciencia que tenía del mal de que era autor, le dió fuerzas para señalar á Bonaparte, á pesar de la opinión contraria de éste, á los republicanos como más mezclados que los realistas en aquellas empresas. Fouché conocía admirablemente los hombres. Contaba con Sieyes á causa

de su ambición engañada, con el señor de Talleyrand porque era un gran señor, y con Carnot á causa de su perfecta honradez; pero desconfiaba de nuestro hombre de esta noche, y he aquí cómo logró enredarle. En aquel tiempo no era más que Maligno el corresponsal de Luis XVIII. Fué obligado por el ministro de policía á redactar las proclamas del gobierno revolucionario, su sentencia, sus actas, y la declaración de que estaban fuera de la ley los facciosos del 18 de brumario; y es más, también fué éste cómplice, á pesar suyo, el que hizo imprimir un número de ejemplares necesarios y los tuvo dispuestos en grandes paquetes en su casa. El impresor fué detenido como conspirador, pues se eligió un impresor revolucionario y la policía no le dejó hasta dos meses después. Este hombre murió en 1816, creyendo en una conspiración montañesa. Una de las cosas más curiosas hechas por la policía de Fouché, fué sin duda alguna la del correo aquel recibido por el banquero más celebre de aquella época, y que anunció la pérdida de la batalla de Marengo. No sé si recordarán ustedes que la victoria no se mostró favorable á Napoleón hasta las siete de la tarde. Al mediodía, el agente enviado al teatro de la guerra por el rey de la banca de entonces, consideró el ejército francés como anonadado y se apresuró á enviar un correo. El ministro de policía envió á buscar á los anunciadores y á los pregoneros, y uno de sus confidentes llegaba con un carretón cargado de impresos, cuando el correo de la tarde, que llegó con una rapidez asombrosa, dió la noticia del triunfo que puso á Francia verdaderamente loca de alegría. Hubo pérdidas considerables en la Bolsa. Pero la reunión de los anunciadores y de los pregoneros que tenían que proclamar la muerte política de Bonaparte, fué entretenida, y esperó á que se hubiese impreso la proclama en que la victoria de Primer Cónsul se consignaba. Gondreville, en quien podía recaer todo la responsabilidad del complot, se asustó, hizo empaquetar todos aquellos anuncios y los llevó de noche á Gondreville, enterrándolos sin duda en las bodegas del palacio que había comprado por medio de un hombre á quien nombró después presidente de una audiencia imperial y que

se llamaba... Marión. Después volvió á París bastante á tiempo para poder dar la enhorabuena al Primer Cónsul. Ya saben ustedes que Napoleón acudió con una espantosa celeridad de Italia á Francia después de la victoria de Marengo; pero, para los que conocen la historia secreta de aquel tiempo, es indudable que su rapidez fué motivada por un mensaje de Luciano. El ministro del interior había entrevistado la actitud del partido montañés, y, sin averiguar de dónde soplaban los vientos, atribuía este movimiento á los odios excitados por su hermano el 18 de brumario y á la firme creencia en que estuvieron entonces el resto de los hombres del 1793 de un jaque irreparable en Italia. Las palabras: «¡Muerte al tirano!» pronunciadas en Saint-Cloud, resonaban siempre en los oídos de Luciano. La batalla de Marengo retuvo á Napoleón en los campos de Lombardía hasta el 25 de junio, y llegó á Francia el 2 de julio. Ahora, imagínense ustedes las caras de los cinco conspiradores, felicitando en las Tullerías al Primer Cónsul por su victoria. Fouché, en el salón mismo, dijo al tribuno (pues este Maligno, á quien acaban ustedes de ver, ha sido un puro tribuno) que esperase aún, pues todavía no estaba todo acabado. En efecto, Bonaparte no pareció á los señores de Talleyrand y Fouché tan encariñado como lo estaban ellos mismos con la Revolución, y, para su propia seguridad, lo comprometieron en el asunto del duque de Enghien. Por sorprendentes ramificaciones, la ejecución del príncipe dependió de lo que se había tramado en el palacio de relaciones exteriores durante la campaña de Marengo. Hoy, para el que ha conocido á personas bien informadas, es indudable que Bonaparte fué engañado como un niño por Talleyrand y Fouché, que quisieron malquistarlo irrevocablemente con la casa de Borbón, cuyos embajadores hacían entonces tentativas en torno del Primer Cónsul.

—Talleyrand, que jugaba al whist en casa de los señores de Luynes, dijo entonces uno de los personajes que escuchaban, á las tres de la mañana, saca su reloj, interrumpe el juego y pregunta de pronto, sin ninguna transición, á sus tres partidarios, si el príncipe de Condé tenía más hijos que

el señor duque de Enghien. Una pregunta tan impertinente en boca del señor de Talleyrand causó la mayor sorpresa. ¿Por qué pregunta usted una cosa que sabe usted de sobra? le dijeron. Para hacer saber á ustedes que la casa de Condé acaba en este momento. El señor de Talleyrand estaba en el palacio de Luynes desde el principio de la velada, y sabía que Bonaparte se hallaba en la imposibilidad de conceder el indulto.

—Pero, dijo Rastignac á de Marsay, en todo esto no veo para nada á la señora de Cinq-Cygne.

—¡Ah! era usted tan joven, querido mío, que me olvidaba la conclusión; usted conoce el asunto del secuestro del conde de Gondreville, que fué la causa de la muerte de los dos Simeuse y del hermano mayor de Hautesserre, cuyo hermano menor, por su casamiento con la señorita de Cinq-Cygne, pasó á ser conde y después marqués de Cinq-Cygne.

De Marsay, á instancias de varias personas que desconocían esta aventura, contó el proceso, diciendo que los cinco desconocidos eran unos miserables de la policía general del Imperio, encargados de hacer desaparecer unos bultos de impresos que el conde de Gondreville había ido precisamente á quemar, creyendo asegurado el Imperio.

—Sospecho que Fouché, dijo, los envió también para que buscasen al mismo tiempo las pruebas de la correspondencia de Gondreville y de Luis XVIII, con el que se entendió siempre, aun en la época del Terror. Pero en este espantoso asunto hubo pasión por parte del agente principal, que vive aún, uno de esos grandes subalternos que no tienen sustituto y que se ha hecho notable por su asombrosa astucia. Parece que la señorita de Cinq-Cygne lo había maltratado, cuando fué á prender á los Simeuse. De modo que ya sabe usted, señora, el secreto del asunto; podía usted explicárselo á la marquesa de Cinq-Cygne, y hacerle comprender la causa que obligó á Luis XVIII á guardar silencio.

París, enero de 1841.

UN EPISODIO BAJO EL TERROR

AL SEÑOR GUYONNET-MERVILLE

«No es preciso, querido y antiguo principal, explicar á las gentes que tienen curiosidad por saberlo todo, el lugar donde he podido aprender bastante procedimiento para dirigir los negocios de mi pequeño mundo, y consagrar aquí la memoria del hombre amable é inteligente que decía á Scribe, otro pasante de afición como yo, cuando le encontraba en el baile: «Pásese usted por el estudio, pues le aseguro que hay trabajo de veras?» ¿Pero tiene usted necesidad de este testimonio público para estar seguro del afecto del autor?»

El 22 de enero de 1793, á eso de las ocho de la noche, una anciana dama, en París, bajaba la rápida pendiente que termina delante de la iglesia de Saint-Laurent, en el arrabal de Saint-Martin. Había nevado tanto durante todo el día, que apenas se oían los pasos. Las calles estaban desiertas. El temor natural que inspiraba el silencio aumentaba el terror que hacía gemir á la sazón á Francia; así es que la anciana no había encontrado aún á nadie en su camino, y, por otra parte, su vista corta hacía ya tiempo no le permitía ver en lontananza, al resplandor de los faroles, algunos transeuntes desparramados como sombras en la inmensa vía de este arrabal. Iba valerosamente sola á través de aquella soledad,